

SEGUNDA PARTE

I

--¡Allá voy á callarte, condenado, allá voy!...

Y entreabriendo los ojos, hinchados de sueño, Salvador se incorporó en su modesto catre, y con un codo hincado en las almohadas, aguardó el resultado de su amenaza.

La de todos los días; en vez de que el zentzontle se callara, siguieron sus gorjeos y aletazos dentro de la jaula colgada en la habitación contigua, siguió su silbar montañés y melodioso con que saludaba á las auroras que por rendijas y vidrieras se entraban en el estudio calladamente; en vez de que «Netzahualcóyotl» callara—con este nombre estaba bautizado el pájaro,—aparecióse á la puerta del dormitorio, enarcando el lomo y con la cola erecta, el otro compañero del pintor, el «Obispo», un corpulento y obeso gato atigrado, al que Salvador brindara pan y techo, muy recién trasladado á éste su nuevo domicilio de la calle de la Canoa, en que el artista vino á parar todo maltrecho y desesperanzado á raíz del abandono de su hija Magdalena, que lo echó por la calle de en medio, sin familia, sin creencias; una bancarrota moral que ya duraba casi dos años.

Esta del alba era su hora más triste; á ella lo despertaban los dos únicos seres que guardábanle compañía en su soledad tétrica, no importándoseles que hubiera

F. GAMBOA

trasnochado ó que no se sintiese bien, nunca censurándole su conducta ni afeándole sus procederés.

Era la hora en que se le venían á la memoria su vida mancada, sus ídolos rotos, sus amores muertos. Tan espantosa resultábale, que en más de una ocasión tornó á cerrar los ojos para que la pesadilla se disipase pronto. Nada quedábale ¡nada! En el cementerio, el polvo de su Emilia; en la conciencia, un intermitente torcedor por la seducción de Carolina, también al parecer tragada y devorada por la tierra; en un salvaje rincón de Chiapas, su hija casada y madre ya, escribiéndole de vez en cuando cartas melancólicas de persona que no es feliz, y en un convento de Roma, su otra hija, Magda, monja al fin y muerta para el mundo y para él, para él principalmente, que la había idolatrado tanto, que tanto la lloraba por las noches, á solas con su retrato y con su recuerdo... ¿Con qué objeto, pues, seguir viviendo la vida que él vivía?...

Entonces abría bien los ojos, restregábaselos, y en paños menores, por ahuyentar congojas, íbase al estudio á descorrer, escoltado por el «Obispo», la cortina que estorbaba el entrar de la mañana, y á dar á «Netzahualcóyotl» desayuno y agua, á tiempo que contemplaba, nostálgico por todo lo perdido, los cielos grises como su espíritu, de los amaneceres de nuestro valle. Friolento, regresaba á acostarse en unión del «Obispo», que se hacía un ovillo á sus pies; ordinariamente Salvador dormíase de nuevo, no más allá de las ocho, en que se levantaba á lavarse, á apurar el café que él mismo calentaba en lámpara de alcohol, y á compartir sus bizcochos, desde la vispera comprados, con el fiel «Obispo», que, hilando, hilando, sentado en la grupa, no apartaba sus pupilas de ágata del jarro de la leche ni de la mano del amo, que le arrojaba migas. Si era día de aseo en la vivienda—miércoles y sábados,—salíase

RECONQUISTA

Salvador á la azotea, al sol, sacando el zentzontle y el gato, que no se llevaban mal, en tanto que la portera, venida desde sus regiones remotas, entrábase á levantar gran polvareda, á repartir trapazos y á contarle al artista—que la oía apenas—la madeja de chismes que á manera de telaraña deforme envolvía la complicada casa de vecindad, ó las dolencias de su hombre (carpintero de oficio, pero ocioso y borracho de profesión), quien no encontraba trabajo para soportar la carga de la pareja y la de la chiquilla que, como erupción, habíales nacido de su enlace. Si no era día de aseo, también sacaba Salvador á la azotea—que venía á ser patio y vestíbulo á la intemperie de su morada,—al «Netzahualcóyotl» dentro de su tosca jaula de *carrizos* en que lo había comprado, y al «Obispo», recogido enteco y hambriento de esa misma azotea cierta noche en que llovía á cántaros y en que Salvador, muy amigo de animales, dolióse del gato y le brindó asilo, que el otro retribuía en moneda de cariñoso agradecimiento. Luego, ventilaba estudio y dormitorio si no tenía que marcharse á su cátedra—en el cual caso sólo el estudio quedaba abierto, pues él arreaba con su llavín,—y se ponía á trabajar frente al caballete que ya no sustentaba los cuadros de otrora; hoy sustentaba lo que produce dinero inmediato y se sancócha á las volandas, sin estampar firma ni encariñarse con el asunto y la factura, sin pensar en renombres ni glorias, el «contrabando del arte», según el propio Salvador denominaba la faena. Más á menudo, poníase á la mesa en que comía y desayunaba, y en la que iba leyendo los libros que se había propuesto leer: mucho de historia de México, bastante de filosofía, su poco de socialismo y su más de novelas rusas y dramas escandinavos; toda una biblioteca, prestada en su mayor parte, cuyo jugo prometíase exprimir y aprovechar, mezclándolo á la expe-

F. GAMBOA

rimentación suya de su país y de su vida; desesperanza y ciencia que habría de trasegar del cerebro á las cuartillas que venía escribiendo sin disciplina ni concierto, y que algo abultaban amontonadas en un ángulo del mueble espacioso, entre restos de cena, botellas de cerveza ó «tequila», y los retratos de sus gentes: Emilia, de novia; Magda, de monja; Evangelina, de mamá, con el crío en el regazo, y Carolina, de doncella enamorada, ¡que enamorada y doncella estaba cuando con su fotografía lo obsequió, á los principios de sus tristes amores!...

¡Qué caer, Señor Dios, qué rebotar contra las peñas y las rocas de la sociedad en que vivía, de sus *hermanos* y compañeros de arte, de casi el entero grupo envenenado y diminuto de los intelectuales de la ciudad virreinal y empecatada!... Claro que el principal culpable era él, demasiado que se lo repetía de palabra y pensamiento durante las horas y horas que permanecía confinado en su encierro, hasta las del anochecer, que, empujado por misteriosa fuerza que su voluntad desahuciada y macilenta no podía contrarrestar, volvía al grupo y con él participaba de su existir morboso y ruín de cerebrales que así quisiesen volar, cual en los comienzos de sus vidas de artistas, les es imposible ya desplegar las alas no recogidas á tiempo, y ahora rotas, enfermas, sucias de arrastrarlas por las sospechosas antesalas ministeriales, por las inmundicias de los periódicos sin conciencia, por los fangos de la adulación á próceres legítimos y á los que sin serlo lo aparentan más que aquéllos; próceres á quienes han tendido las liras, los cinceles y las notas en demanda humildísima de un salario por el que no haya que devolver trabajo, pareciéndose en ello á los pordioseros, con salud que disfrazan y con fuerza que ocultan, que en los atrios de las vetustas iglesias catedrales tienden las manos y vuelven á tenderlas, aunque se

RECONQUISTA

las rechacen ó los menosprecien, á fin de que en ellas caiga la lluvia tibia de las limosnas que permiten tornar á la inacción y los vicios, mientras las almas se enlutan por la vergüenza muerta. Y en las lenguas los acibares, en el mirar los odios, la obra soñada no nace nunca, sino que se esconde en los repliegues internos donde no penetra el cieno con que voluntaria ó desdichadamente nos emporcamos las epidermis; la obra impoluta, la soñada, metida muy adentro, cansada de esperar los años y los meses, nosotros sumergiéndola más, prometiéndole y prometiéndonos que alguna vez hemos de sacarla á luz, en cuanto estemos limpios, sin remordimientos, envidias ni rencores.

No obstante que Salvador de coro sabíase que sus *amigos* odiábanlo por solitario, productor y fuerte, ya no podía tener comercio sino con ellos. La inquina que les adivinaba, no reconocía ninguna otra causa; pues sus defectos y desastrado vivir, aquella modorra de su sentido moral, con mayor ó menor hipocresía también en los otros abundaban. Intimó con Covarrubias, el novelista, un tipo tan independiente como él y á quien tampoco perdonaba el grupo el que, amén de la venta de sus libros, disfrutase de bien retribuido empleo en el «ministerio de la Gobernación»—cual el propio Covarrubias designábalo por pueril madrileñismo.—Covarrubias acabó de ilustrar al pintor acerca de la guerra sin cuartel que entre sí se libraban los literatos.

—Somos los peores ¡creémelo!—le decía,—peores que ustedes y que los músicos, tremendos en su escala. Los menos malos son los escultores, gracias á que haciendo las cuentas en regla, resultarán dos ó tres; si más fueran, nos igualarian...

Luego entraba en detalles, le pormenorizaba sucesos, explicábale fenómenos casi inverosímiles de odio. Parecían lobos, que partidos á correr por ancho sendero en pos de

F. GAMBOA

una buena pitanza sobrada para todos,—cual sobraba el sendero para que todos holgadamente lucieran facultades y ligereza,—por ser lobos, en lugar de correr peleaban á dentelladas y zarpazos, y en vez de arribar al término de la carrera, los que pudieran y lo mereciesen, conformábanse con devorar al que tropezaba acosado por la camada que sólo hacia causa común con tal objeto: deshacer al que revelaba desde el arranque, piernas más ágiles y pulmones más robustos; desagregándose en seguida, á fin de morder al vecino y de arañar al distante.

—¡Fíjate bien—insistía con Salvador,—supuesto que te ha pegado la chifladura de escribir sobre estas cosas, descuidando tus pinceles, con los que realizarías algo muy superior á lo que escribas! Fíjate y verás cómo no te exagero un ápice y cómo, de veras, nosotros, los de la pluma, somos los peores, entre otras cosas, porque sin ser todavía los que debiéramos, sí somos los más, el núcleo múltiple, metiendo poetas, prosadores, diaristas, dramaturgos y saineteros. Todos, y en esto no nos diferenciamos de ustedes los pintores y músicos, le tiramos al empleo del gobierno, ¡absolutamente todos!! igual los nacidos aquí como yo, que los provincianos como tú, ¡no hay excepción!... Y los opositores que andan por ahí, sólo lo son en tanto permanecen alejados de este festín del presupuesto que regala cubiertos á todas las condiciones sociales; que posee en su maravillosa vajilla y *argentería*, desde la cuchara de oro con monograma y escudo para las primeras partes, hasta la de palo, desgastada pero suave, para los comparsas... Y lo raro es que no hemos tenido un solo gobierno, á partir del virreinal, que no emplee literatos y de ese modo proteja á su manera las letras patrias... ¿No lo crees?... Pues registra los anales del diluvio de administraciones; hurga en nóminas de empleados, empezando por ministros y aca-

RECONQUISTA

bando por meritorios gratificados, y ya te darías de santos con poseer en pesos duros los cientos y millares de nombres de gente de letra que hubiera perecido de inanición y dejádonos sin sus lucubraciones, á no ser llamados por los gobiernos á los banquetes del tesoro, ¿qué opinas de este dato?... No por ello vayas á suponer que todos los gobiernos lo hicieron á sabiendas, ¡no hay que calumniar á nadie!... Hiciéronlo, por herencia goda en primer lugar—el literato chupando las ubres de una administración es hábito tan español como el puchero ó las alpargatas,—y en segundo, porque allá á los principios del éxodo hispano, no se disponía aquí más que de curas, militares y aficionados á las letras... ¡sí, hombre, te juro que sí, yo he estudiado el punto!... Pero como los militares no se ocupaban sino en cuartelazos y pronunciamientos, y los curas en ayudarlos, los letrados únicamente—si el nombre no te llena, lo cambiamos ¡y en paz!—podían desempeñar el lado civil de nuestra existencia de soberanos, ¿qué tal?... Cual pulpos se agarraron los malditos á cargos y empleos, y éstos, ¡asómbrate!, aún llegaron á transmitirse de padres á hijos... Sí, sí, como lo oyes ¡de padres á hijos!...

Atajábale Salvador, que no gustaba de verlo caer en la tecla chocarrera, y que pedía seriedad para tratar del tópico; pedía que el literato le prestara toda su observación de novelista—que no es la misma que la del pintor, por mucho que entrambos pinten,—pero sin desfigurarla con la exageración y el gracejo:

—Sigue hablando en serio, tú, como principiaste, que precisamente esa manía de echarlo todo á la broma es la dolencia aguda del país, ese querer con un chiste arreglar los problemas que más debieran de amedrentarnos...

—¿Que en serio te hable de esto, Salvador? ¿de nuestra situación artística y sociológica, es decir, que te hable

F. GAMBOA

en serio de nuestra situación nacional?... Vaya, hijo, vaya, no desbarres ni te entres en el caletre destornilladas ideas ¡por lo que más ames!... ¿No ves que si en serio habláramos, de verla tan anormal y tan sin rumbo, terminariámos llorando ó nos volveríamos locos de no poder remediarla ni atajarla siquiera, á pesar de tus pinceles tú y de mi pluma yo?... Recobra el juicio, soñador, y riete, hombre, ríe, como me río yo cada ocasión en que pienso en nuestros problemas insolubles, mientras no, mientras... ¡ea, que no me da la gana!... ¡Alárgame un cigarrillo!...

—¡Cobarde!—replicábale Salvador después del breve silencio en que con la mirada habíanse contestado á una porción de preguntas,—¡cobarde, que por miedo á perder la pitanza en el ministerio, no te atreves á escribir en tus libros lo que ves y lo que piensas! Rompe esa pluma que sólo te sirve para firmar los recibos de tus sueldos, y antes que intentar una obra nueva, quemala ya las publicadas, por inservibles...

—Oye, oye, apóstol y futuro mártir, ¡ten la lengua!, que ni en mis libros publicados es todo paja para quienes lean entre líneas, ni me arredrará el que me declararan cesante de por vida á causa de un libro que algo remediara nuestra condición. ¿Quién te ha contado que empleado es sinónimo de esclavo? ¿Dónde consta que al que le pagan un sueldo, á cambio de un trabajo, se le obligue á pensar igual que el amo? ¿De cuándo acá los gobiernos de ninguna parte se han atrevido á formular exigencia tamaña?... Si adviertes que ello así sucede, atribúyelo á lo que es de atribuir: á nuestro envilecimiento progresivo como individuos, pero no á un derecho del gobierno y á una obligación correlativa del empleado. Enhorabuena que se me destituya por incapaz, ó por delincuente, si delinco; mas porque piense ó escriba con distinto criterio del de los que

RECONQUISTA

arriba me quedan, si éstos me sitian por hambre, sería la última, y más perderían ellos que yo ¡te lo protesto!

—Pues entonces, ¿por qué no lo has hecho?... A ver, ¿por qué?...

—Porque no nos hallamos suficientemente preparados todavía; porque todavía no sabemos leer, sino deletrear, y mal; y porque ese público diminuto, tú, yo, diez ó doce que diz que nos preocupamos de estos asuntos, no compraríamos el libro redentor llamado á arrancarnos la venda, y el autor, luego de silbado, no tendría con qué compararse ni una caja de fósforos...

—¿Y tu empleo, del que no habían de despojarte?...

—Me lo quitarían ó no, ¿qué sabemos?, pero con empleo ó sin empleo, habría yo predicado en desierto...

—De eso tienes miedo, de éso, de que te priven del empleo, y por ello ahogas dentro del cerebro la palabra que alienta, el capítulo que consuela, el libro que liberta. ¿Querrias, como todos queremos, que el público agotara tus ediciones, una tras otra, muchas, muchas, y que en el ministerio fueran ascendiéndote, hasta ministro, hasta nuncio, hasta Papa! ¡Ah! imita á tus maestros, anda, aquí los tienes, te los sabes de memoria á tus autores rusos; ve, cual ellos, de tu hogar á Siberia; de tu gabinete de trabajo, al látigo; y llega á la gloria literaria, al apostolado ese que me atribuías sarcásticamente, al través de los presidios y de los destierrós; de las cadenas y de los azotes; de la locura y de la muerte... Entonces, el mundo, ¡entérate bien!, el mundo, maldecirá á quien tal te hizo, y tú, la víctima, supervivirás á tus victimarios y á los siglos; te erguirás en mármoles y en bronce en los pueblos libres, y en los pueblos oprimidos, oculta, pero devotísimamente, como si rezaran, leerán tu nombre, tus páginas inmortales que nadie podrá destruir y que á modo de electuario

F. GAMBOA

supremo, nada más con prometer la aurora que esperamos todos, curarán las viejas heridas de los que vienen padeciendo la negación del Derecho y el escarnecimiento de la Justicia... ¿Qué más quisieras?...

—Te repito que no es tiempo, para mí á lo menos. Acaba tú esa obra, con la que te propones dejar pasmados á propios y extraños ¿qué aguardas?...

—¿Qué aguardo?... ¡Tener fe, perseguir un ideal; que los desengaños de mi vida me devuelvan los ideales y la fe que me hurtaron mis maestros y mis semejantes sin dejarme, en retorno, más que vacíos inmensos que no atino á llenar, y una desesperanza que me lo ennegrece todo! Si fuera yo un creyente, como creyente eres tú, ya mi libro correría impreso; ya habría llegado á quien lo destino, al pueblo, á este pueblo nuestro, ignorante, sucio, vicioso, que es el único llamado á salvarnos, porque vicioso, ignorante y sucio cual lo vemos, es todavía una fuerza dormida, aletargada, ¡lo que quieras!, pero fuerza al fin, y fuerza enorme, que sólo ha menester de un Cristo que le diga: «¡Levántate y anda, hacia la reivindicación y hacia la luz!...»

—Pues trata de creer...

—No, si de tratar, bien que trato... Hasta espero que el día en que ya no pueda seguir creyendo en los demás, en la palabrería hueca con que se aturden y nos aturden, volveré á creer; me noto síntomas ¡mi palabra!, pero cuando pretendo fijarlos, se me desmoronan, se me van, y en su sitio me queda la garrulería nacional. ¡No es uno de balde el descendiente de una raza jactanciosa y el hijo de un país retórico!

Y al llegar aquí, ambos callaban por el adquirido hábito de no ahondar en los problemas trascendentales, ni dejar ver completo nuestro modo de pensar; hábito que es de

RECONQUISTA

rigor en toda esta Hispanoamérica tan perseguida de antaño por inquisiciones religiosas y por inquisiciones laicas. Callaban ambos, y se contemplaban al través de las nubes de humo de sus cigarros y al través de sus respectivos ensueños que habían estado á punto de confiarse en el ahora destartalado estudio de Salvador, el cual no lucía ni la mitad de armas, curiosidades, tapices y cuadros que luciera en la casita de Flores; casa pasada á terceras manos al cabo de dos hipotecas dilapidadas por el artista en buen amor y compañía de sus «hermanos» de cantina y de sus «compañeros» de parrandas y devaneos. Levantábase la sesión íntima, con una paradoja del pintor que gustaba de repetirla á los contados fieles que continuaban frecuentando con afecto de veras, su sociedad de hombre sin dinero:

—Convécete, hombre, de que yo he sido una excepción, dado que al empobrecer, en vez de bajar, he *subido*.

¡Así era! Su domicilio quedaba en la azotea de la casona antigua, complicada y curiosísima, que aún se yergue con apariencias de perdurar ¡Dios sabe cuántos años más!, en los mismos medios de la calle de la Canoa, en la acera que mira al Norte.

Hay en su piso bajo, á entrambos lados del zaguán ancho y enano, de portal decente, una mueblería de viejo (la clásica especialidad de la calle), y un almacén de pianos nuevos con cierto lujo aderezado, que á las vegadas, cuando los compradores de tales instrumentos prueban sus voces, derrama notas y arpegios por el inmueble todo, que parece se las tragara por las puertas y ventanas de sus innumerables viviendas, según lo pronto que aquéllos se desvanecen y apagan, aun los acordes más fuertes y prolongados. Portal adentro, está el primer patio, espacioso, de losas, con barandales floridos á uno y otro lado, colma-

F. GAMBOA

dos de macetas, de jaulas con pájaros, de niños que ríen y juegan. Al fondo, la escalera, doble á su principio, sencilla después de la meseta, yendo á parar á las viviendas de arriba, que es lo mejorcito de la casa, hasta aquí análoga á todas las de su casta. Donde se singulariza es en los interiores, que los posee, y complicadísimos, tras el lienzo de fábrica, pintarrajeado bárbaramente—una especie de jarrón coreano con plantas y flores, de forma y coloración tan especiales, que alarmaría al más valiente, si, por dicha, no se mirase desconchado á trechos y al descubierto sus entrañas de cal y arena—que hace de fondo á la escalera bifurcada.

En el segundo patio, la cosa cambia. Es el tal, mayor que el primero, sin piso de losas ni corredores floridos; tiene el piso de tierra surcada por arroyos de aguas sucias y jabonaduras dudosas, que salen de las distintas habitaciones y van á dar al desagadero, junto á la pila de chorro corcovado y perenne,—en el que se encrespan y riñen y espumajean, asistidas de las basuras é inmundicias arrastradas en su correr indeciso rumbo á la cloaca y á lo negro. En lugar de corredores floridos, vense rejas de palo numeradas á modo de celdas penitenciarias, desgonzadas, con los barrotes remendados, dando acceso á las viviendas baratas. En las azotehuelas de cada quien y en el patio común, abundan los tendedores de ropa, que se orea oscila y se escurre, y bajo los arcos de la escalera del fondo—que aquí comienza por ser sencilla para bifurcarse en su meseta única, á la inversa de la del patio de «los ricos»—lava el mujerío la ropa propia y la ropa ajena, en medio de gran algazara, de chapotear de agua y guerrear de lenguas. En este patio número dos, pupulan perros flacos y chiquillos ventrudos y mal pergeñados, descalzos, de enmarañadas cabelleras salvajes.

RECONQUISTA

Los que habitan el piso alto, son de muy superior cultura: gente venida á menos, empleados de salario mezquino ó artesanos de jornal crecido; personas que se asean, que leen, que sufren con el patio ese que deben cruzar varias ocasiones al día.

Luego de subida la casi monumental escalera sin techumbre de materia ninguna pero en cuyo descanso, y clavada al recio y elevado muro liso que limita la finca, osténtase una imagen bendita, con lámpara de aceite pagada á turno por los vecinos y un marco de madera que intemperies, lluvias y soles van comiéndose poco á poco; luego de entrarse, á la izquierda, en el segundo piso, por una especie de tránsito, y de ascender una escalera más, desvencijada y angosta, de súbito, transponiendo una puerta que carece de batientes, respírase: ¡es la azotea!... despejada, tranquila, sin ruidos, con el cielo arriba, y abajo, á vista de pájaro, la ciudad, íntegra, como un sueño de esplendor y grandeza; ocultas sus lacerias, la roña de sus pobladores, lo inmundo de sus arrabales, todas sus tristezas y todos sus defectos; sólo viéndose sus alturas, sus torres, sus cúpulas, observatorios y chimeneas humeantes, los edificios modernos de muchos pisos y las arábigas azoteas, cortadas á cercén, de la gran mayoría de sus casas; viéndose sus pocos árboles urbanos, las distantes alamedas, las lejanías de sus montes color de esmeralda de la cordillera que la ciñe y defiende, y, allá, remotos, con perpetuas nieves en la cúspide de sus moles zarcas, los volcanes, que constantemente la amenazan y constantemente la embellecen.

En esa anormal azotea, Salvador encontró alojamiento, una de las cuatro habitaciones iguales que se alzan á su frente, mirando á la calle con sus ventanas de fotografía ó de estudio de pintor, amplias y á vidrios cuadrados, de

F. GAMBOA

cara al Norte. En un periquete alistó su mudanza, que el individuo á cuyas manos había ido á parar la casita de Flores, ansiaba instalarse en el riente y coqueto nido levantado por la enamorada perseverancia de Emilia, y urgía la desocupación; pobre vivienda, vendida en menos de la mitad de su precio, gracias á la incuria de Salvador en pagar los réditos de las hipotecas con que la gravara. Salvador, en el fondo, perdía la finca con estoicismo de verdad. ¡Qué demontres! ¡No se nos va de un golpe ó pián pianito, lo que á nuestra alma alegraba, lo que hacia feliz á nuestro cuerpo, lo que más queremos y lo que más necesitamos?... ¿no se nos van, descontadas las ilusiones que son manjar de chicos, las esperanzas más arraigadas y asequibles?... ¿no nos vamos nosotros mismos?... Pues entonces, ¿á qué consentir nostalgias ni morriñas, las murrias que de tiempo en tiempo atacábanlo mientras se dió á la tarea ingrata de extraer muebles y deshacer su estudio, malbaratando lo que se sacaba para liquidar comelitonas y momentáneas alegrías de daifas y vino?... ¡Noramala sensiblerías y arrumacos! ¡á desclavar cuadros, y curiosidades, y tapices; y á empaquetar los cuatro leños de que para vivir solitario había menester! El catre de Magdalena, la hija partida al claustro; el ropero de Evangelina, la hija casada y á centenares de leguas; el lavabo de Emilia, su esposa muerta, y unas sillas de Emilia, y la pila de agua bendita de Emilia, que utilizaría, ya acostado, como cenicero, y el vaso de Emilia... y todo lo de Emilia, que ¡á pesar de la muerte! en acompañarlo persistía.

Recién instalado en su empinadísima vivienda de la calle de la Canoa, tardó en ordenar las dos únicas piezas que la formaban. ¡Cuántos días las cosas permanecieron por los suelos, envueltas, empolvadas, en espera de un momento de ánimo que nunca arribaba, que no arribó sino

RECONQUISTA

después de que los contados amigos que le restaban descubrieron la huronera y de ella sonsacábanlo; después de que su propio y creciente escepticismo signió cegándole sus viejas preferencias y sus gustos viejos, y obligándolo á continuar la sangradura de los bultos que atesoraban tapices, curiosidades y armas; por los desgarrones inferidos á tientas, asía lo que quedábales aún de arte y de valor, á fin de darlo al traste en los «empeños», y con su exiguo rendimiento marcharse adonde se marchaba noche con noche: á acabar de envenenarse el espíritu con los intelectuales sus *hermanos*, y rematar luego en el vino y en las daifas... ¡Maldita fraternidad ésta!

Lo que se decía á sí mismo en sus horas de lucidez, cuando «Netzahualcóyotl» y «Obispo» lo despertaban, lo que él se decía:

—¿Estará perdido en México todo lo bueno?...

Y con el pensamiento, para que ni sus dos animales lo oyesen y fueran á entenderlo si con los labios se contestaba, contestábase que sí, que casi todo lo bueno estaba perdido, lo mismo en México que en su propio individuo; ambos caminaban, tambaleantes y ciegos, á quién sabe qué abismos de ruina; ambos, obedeciendo á idéntica causa: esa carencia absoluta de sentido moral que á uno y á otro afligía, esa falta de ideales de todo género; ni religiosos, ni políticos, ni artísticos, ni sociológicos; esa abulia individual y nacional en que la nación y sus hijos agonizaban lentamente, lentamente—como son casi siempre las agonías de las grandes enfermedades incurables.—La falta de cohesión y de rumbos, el immoderado afán de lucro, he ahí lo que esquilma á la patria, lo que la hería pedazo á pedazo, lo que la dejaba á merced de riesgos y peligros... Sí, casi todo estaba perdido, y lo que nó, estarielo en un año, en diez, en cincuenta; hasta la juventud de las escue-